

El viejo lechuza



LTO, flaco, encorvado, con largas barbas grises y melenas de greñas salvajes, aquel viejo paisano solitario y taciturno, iba llevando a rastras su vida por los campos, entre la hostilidad de las cosas y el recelo supersticioso de los hombres.

Como sucede a menudo con los seres que son fuerzas de la Naturaleza, almas primitivas, condensadores de instintos sabios y ocultos, que parecen anteceder a toda historia, contemporáneas de todos los tiempos, como nacidas de la misma raíz de la raza, el extraño personaje no tenía nombre; era un símbolo. Nadie lo había visto llegar a esos pagos agrestes, para acampar en ellos con su soledad y su enigma. Los más longevos y blancos patriarcas del lugar, contaban a las gentes mozas que lo habían conocido siempre así, de la misma edad, con el mismo aspecto vagabundo y misterioso, cuya visión pusiera sombra y miedo y fantasmas en los sueños de sus niñeces lejanas. No hubieran podido decir con exactitud si fuese él mismo o si se sucediera de abuelo a padre y a nieto de una estirpe maldita, como un ser que naciera ya viejo, por más que nunca hubiese compartido su soledad con nadie. Lo cierto es, que era anterior a todo recuerdo, presente en las consejas más viejas. A causa tal vez del simil de su cara inquietante y de su gesto reconcentrado, le llamaban « el viejo Lechuza ».

Una de estas aves precisamente, había hecho nido en la techumbre de paja del rancho levantado en medio del monte, donde los pies humanos temblaban al entrar, como si sus pasos resonasen a sacrilegio en el silencio habitado por fantasmas inverosímiles. Miedo del hombre, en presencia del alma oculta de la Naturaleza, que se llamó « terror pánico » desde el tiempo en que los dioses se desterraron voluntariamente del mundo demasiado trivial, refugiándose en el corazón de las selvas profundas, hospedadoras del misterio, donde las sombras prolongan la noche.

Atraída quizá por instintiva simpatía hacia el hombre triste, llamada por la lumbre siempre encendida en el misero rancho, la lechuza vivía allí como en casa propia; inmóvil, hierática, se hubiese dicho una insignia de realeza sobre aquel palacio de la miseria. Allí quedaba largas horas ensimismada, filosofando quizá sobre graves problemas; algunas veces aventuraba un vuelo hacia los poblados vecinos y se posaba en algún árbol, mirando con sus ojos nocturnos la estupidez de los hombres, como esforzándose en penetrar la causa de su hostilidad implacable. Así, como dos víctimas que juntan su dolor, vivían cerca uno del otro, el hombre extraño y el pájaro absurdo, en el pacto de concordia de sus almas buenas, hechas hurañas y desconfiadas en fuerza de sentirse perseguidas...

Cuando el viejo, con su paso tardío y fatigoso, pasaba a la vera del paisanaje ocupado en las faenas campestres, había un movimiento de angustia y de odio; los ojos medrosos se miraban como diciéndose: « ¿ Qué desgracia sobrevendrá? Ha pasado « El Lechuza... » ».

Se le tenía por brujo, por anunciador de agüeros infaustos, como el ave familiar, circulando a ese respecto, en las veladas campesinas, diversas leyendas espeluznantes. Recogido en su propio ser, encerrado en su mundo, delante de esa hostilidad gratuita, no hablaba con nadie ni hacía mal alguno, viviendo como un ermitaño en su casucha aislada en un claro del monte, a cuyo alrededor el miedo y la ignorancia de las gentes hacía la soledad y el silencio. A veces, en plena noche, cuando la Naturaleza se pone a meditar, dejando en el aire una respiración de alivio, libre del contacto vulgar y del tumulto de la vida cotidiana, trabajada de pequeñeces y de miserias; cuando el misterio surge de sombras y revela en el alma de todas las cosas una vida nueva, imprevista y sobrehumana, el viejo « Lechuza » salía a vagar por el campo abierto, ensimismado siempre como si estuviese escuchando las voces ocultas del mundo y haciendo gestos como si dialogara con ella, esforzándose en traducir el lenguaje del silencio, que es la voz del Infinito. Cuando alguien lo veía pasar cerca de un rancho alumbrado por la luz de una fiesta, una sensación de terror hacía callar las alegres risas o ponía temblores en las cuerdas de las guitarras; y si era que se celebraba la velada de un enfermo, el terror se hacía más

hondo ante el presentimiento aciago, mientras los pasos del extraño vagabundo resonaban en el camino como si fuesen los pasos de la Muerte.

Miradas llenas de odio lo seguían, y él apresuraba entonces el paso, sintiendo que esas miradas lo fusilaban por la espalda; el paisanaje callaba en su presencia, pero había en su silencio toda la ira en tumulto pronto a estallar: no se atrevían a atacarlo de frente, que tan grande es el dominio y la sujeción que las cosas misteriosas tienen en las almas débiles. Pero a despecho de esa hostilidad, nadie hubiera podido afirmar a ciencia cierta que el viejo « Lechuza » fuese autor de tal o cual hecho delictuoso; antes bien, sus conocimientos médicos habían aliviado dolencias sin retribución alguna. Se contaban muchos casos de gente curada por sus procedimientos sencillos y naturales; conocía la ciencia de los antiguos herbolarios; de tanto aislarse de los hombres se había vuelto a la madre Naturaleza y vivía en intimidad con ella que generosamente abría a sus investigaciones experimentales la alforja de sus secretos.

Sin embargo, sólo muy pocos espíritus fuertes en aquel medio de supersticiones lo consultaban para sus dolencias; los viejos que hablaban con tono de sibilas, aseguraban que el « Lechuza » sólo daba su ciencia diabólica para salvar el cuerpo, a cambio del alma. En cuanto « mal de ojo » o « daño » se producía en el pago, se quería ver su intervención maléfica.

Sucedió que un médico barato e ignorante, de los tantos que abren tienda en los mercados de la Ciencia, acampó un tiempo por aquellos lugares. Como es natural, supo en seguida la existencia del personaje... « ¡ Curandero! » — se dijo, y empuñó contra el enemigo, de inmediato, una guerra sorda y tenaz. El era la « verdadera Ciencia », contra la Magia absurda, por más que la mayoría de las recetas que despachaba eran como otras tantas partidas de defunción. Así las cosas, aconteció que un paisano de los de más antiguo prestigio e influencia entre el gauchage, enfermó de una grave parálisis a las piernas; el médico lo atendió, pero el arsenal de soluciones químicas no hacía otra cosa que acelerar más la enfermedad, como si en el cuerpo del paciente las medicinas convirtiesen en piedra los músculos y las carnes; al fin, un día la mujer del enfermo se decidió y fué a consultar al « Lechuza », suplicándole lamentablemente que salvara a su marido. El viejo, que de aquellas gentes no había recibido sino maldiciones e ingratitudes, abrió a la desventura su sencilla ciencia de la Naturaleza,

y dió al enfermo un brebaje preparado con hierbas raras, sólo por él conocidas... Al poco tiempo, cuando llegaba la noche, el paciente quedó sumido en un sueño profundo, mientras sus miembros se enfriaban y endurecían... El médico, que llegó al rumor de lo sucedido, constató la « muerte »; en una larga disertación, llena de términos extraños, expuso al humilde auditorio las causas que pudieron influir en el desenlace, gozoso de aplastar para siempre a su rival. Los paisanos no le entendieron una palabra de todo aquello, pero se afirmaron en la convicción de que « el maldito brujo » era el autor de la muerte, quizá por venganza o por simple maldad. Las cóleras colectivas se amotinaron, y en seguida se pusieron en marcha, como cuadraba a tales espíritus primitivos, y la luna de la medianoche alumbró una caravana cautelosa que se iba acercando a la pobre vivienda del solitario. Una hora después, el monte se iluminaba de grandes resplandores de incendio. La ronda trágica de destructores creyó sentir olor a azufre entre el humo de las maderas y la paja quemada; al mismo tiempo, la vieja lechuza que anidaba en el horcón del rancho alzó el vuelo, poniendo la nota heráldica de sus alas negras en el plafón del cielo rojo, y salió huyendo hacia la sombra, con un estridente chillido de dolor « Es el alma del « Lechuza » que se entrega al diablo », dijeron los buenos paisanos; luego, entre risueños comentarios, aliviados del peso de su gran miedo, con la satisfacción del acto cumplido, se volvieron a las casas.

Ya cerca de ellas, vieron venir a su encuentro al viejo enfermo, que ya libre del hondo sopor, presintiendo la tragedia, se había echado a correr por el campo, entre gritos y gestos, para impedirla...

ANGEL FALCO.

